

EL ATENEEO

REVISTA ILUSTRADA

A VUELA PLUMA

LITERATURA TUROLENSE

XXXIV

(Continuación.)



ATIEL. En 1744, nació *D. José Manuel Pellicer*, autor de una *oda en verso sáfico*, dedicada al Obispo de Barbastro, *D. Juan Manuel Cornel*. Con el nombre de *P. Prudencio de Jesucristo*, ingresó en la institución de las Escuelas Pías, y desempeñó la cátedra de Retórica en el Colegio de Barbastro, secularizándose después, mediante una pensión de 500 ducados sobre el Obispado de Coria. En la Iglesia Colegial de Alcañiz, obtuvo un beneficio, y después la cátedra de lengua española que se estableció en París. Distinguióse más que en la poesía en otros ramos del saber, como lo prueban el haber escrito una *Oratio latina de Gramática latinitate et Rethorica apprime distinguendis*.—*De Statu Ecclesiæ, contra Justinum Febronium, Jurisconsultum*. Bayona, 1777, 8.º—*A la Posterité. Exposition du nouveau système du Monde pour servir à correction du mouvement de la lune*. París, 1789, folio, y una *memoria sobre hidráulica* contra la Academia de ciencias de París. Créese que murió en 1790.

Loscos. En este pueblo, y en 15 de Enero de 1704,

nació D. *Francisco Lorente y García*, que escribió, entre otras muchas poesías, graciosas y agudas al decir de los autores, algunas *loas alegóricas*, en elogio de María Santísima. Estudió Lorente en Huesca hasta terminar la filosofía y teología, obteniendo después las rectorías de Orihuela, Albarracín y Monterde, y la canongía magistral de Albarracín. Sus grandes méritos, sus vastos conocimientos y sus virtudes, hicieron que el Obispo de aquella Diócesis, Sr. Navarro, le confiriese los cargos de Teólogo consultor suyo, y Examinador Sinodal. Además de las mencionadas poesías, escribió este autor: *Historia panegírica de la aparición y milagros de María Santísima del Tremedal, venerada en un monte del lugar de Orihuela del Obispado de Albarracín*. Zaragoza, 1748, 4.º Se han hecho otras varias ediciones. *Novena de la misma Santa Imagen y Constituciones para su cofradía*, que también se han impreso varias veces.—*La explicación del Ave María*; un *prontuario oratorio evangélico*, y un gran número de *sermones*; obras que quedaron inéditas á la muerte de su autor, ocurrida en Albarracín, el día 12 de Abril de 1775.

MAZALEÓN. Quizá por una equivocación, Sánchez Muñoz, en sus «Apuntes críticos y biográficos acerca de los hombres célebres de la provincia de Teruel,» hace hijo de Cretas al P. *Pío de San Sebastián Cañizar y Juan*, que nació en Mazaleón, el día 10 de Marzo de 1748; nosotros creemos que es natural de este último pueblo porque así lo aseguran Latassa en su Diccionario, y Gascón en su *Miscelánea Turolense*, y además por ser natural de dicho Mazaleón, Don Tomás Cañizar y Juan, hermano del P. Pío, indicio casi seguro de lo que afirmamos, sobre todo cuando no hay razones en contra. Quien era natural de Cretas era D.^a María Antonia Juan, madre del escritor que nos ocupa, y se sabe que él estudió en el pueblo de su madre las primeras letras, más esto no quiere decir que allí naciera, pues dichos estudios los haría en Cretas por residir en este pueblo el famoso Maestro de escribir, Roque Peranzi; como tampoco puede deducirse que naciera en Alcañiz por el hecho de que estudiara en esta

ciudad la Gramática y Retórica. Ingresó el P. Cañizar en la orden de las Escuelas Pías, en Alcañiz, el año 1762 y profesó en 25 de Marzo de 1764, trasladándose á Daroca con objeto de estudiar Artes y posteriormente á Zaragoza, donde aprendió Teología. Nombrado Maestro de estudiantes de Filosofía, del Colegio de Sos, ordenóse allí de sacerdote y siguió desempeñando el cargo de profesor en Alcañiz, Daroca y Barbastro, donde fué lector de Teología moderna durante un curso. Finalmente, sus especiales aptitudes para la enseñanza, sus especialísimas dotes de historiador y sus muchos y notables merecimientos le elevaron á los cargos de Rector de las Escuelas Pías de Alcañiz, Historiador de Zaragoza, honor que le fué concedido por dicha ciudad; Académico de la Historia, íd. de la de Nobles Artes de San Luis de Zaragoza y Calificador de la Inquisición. Murió á la edad de 53 años, en Zaragoza, donde residió los últimos años de su vida.

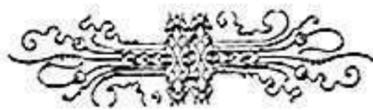
Que el P. Cañizar fué poeta y poeta fecundo, lo demuestran las siguientes obras que quedaron inéditas á la muerte de su autor: *Oraciones latinas, dedicatorias y poesías latinas*. Un tomo en 4.º—*Diversas composiciones poéticas latinas y castellanas*. Entre ellas se encuentran algunas debidas á sus discípulos. Un tomo en 4.º—*Declaración de la Epopeya con todos sus principales preceptos contraídos á la Eneida de Virgilio*. En verso endecasílabo.—*Argumento de todo lo que se contiene de Tácito, Marcial, Séneca, Horacio y Ovidio en la colección que se usa en las escuelas*. Puesto en verso endecasílabo.—*Declaración del Arte poética de Horacio y Explicación de las Eglogas de Virgilio*, con sus argumentos en octavas.—*Tratado del origen y diferentes épocas del romance castellano, con muestras de todas ellas y algunas arengas escojidas de los mejores autores*.

Además de las obras poéticas, escribió el P. Cañizar otras muchas, de las cuales han llegado á nuestra noticia las siguientes: Unas *conclusiones* que defendió en Daroca. Zaragoza, 1764, 4.º—Otras *conclusiones* que defendió en Zaragoza. Zaragoza, 1769, 4.º—Una *Academia literaria* en la que insertó una oración latina titulada: *De Historiæ Studio*

cum Litteris Humanioribus conjungendo. Zaragoza, 1785.
—Otra *Academia literaria* en la que incluyó este discurso latino: *De antiqua Aragonensium gloria in litteris vindicanda*.—Un discurso, en español, acerca del tema: *De la necesidad del estudio de las medallas para la inteligencia de la historia*.—Dos actos de conclusiones, que presidió á sus discípulos del Colegio de Barbastro. Zaragoza, 1790, 4.º
—*Glorioso triunfo del amor y fidelidad en las festivas demostraciones y magnífico aparato con que la M. N. y fidelísima Ciudad de Barbastro celebró la solemne magestuosa aclamación del Augusto Católico Monarca de las Españas y de las Indias, D. Carlos IV de Borbón, que eternos siglos viva, en los días 13, 14, 15, 16 y 17 de Setiembre de 1789*. Zaragoza, 1789, 4.º—*T. Livii Patavini Rom. Urbis historicis Conciones Selectæ Exercitationibus Rhetoricis et Notis hispanicis Illustratæ, ad usum Seminarii Seguntini*. Zaragoza, 1797, 8.º—*Q. Horatii Flacci Carmina Selectæ, Analisi Dialectica, Rhetorica, Troposchematica, et enarratione illustrata ad usum Seminarii Seguntini, Pars I et II*. Zaragoza, 1799, 8.º—Finalmente dejó inéditas las tres obras siguientes: *Historia de Aragón*. Compendio para las escuelas en el que puso un tratado de los antiguos magistrados del Reino.—*Compendio de la historia romana*, con un tratado de los magistrados romanos y con las monedas, pesas y medidas de esta nación y su correspondencia con las nuestras, y *Un tratado de política*, versado en el que se daba en el Seminario Teresiano de Alemania que dirigen los Padres Escolapios.

(Se continuará).

FEDERICO ANDRÉS.



DISQUISICIONES HISTÓRICAS



IV

Opinión autorizada acerca del origen de Teruel y observaciones sobre ella.

Entre los papeles pertenecientes al distinguido publicista, D. Esteban Gabarda é Igual, hemos encontrado el borrador de una carta, contestación de este señor, al eminente geógrafo, D. Miguel Cortés y López, la que copiamos, por los muchos y valiosos datos que encierra, acerca del origen de Teruel, creyendo con esto añadir algunas razones de peso para demostrar las opiniones que hemos sustentado en los anteriores artículos

Dice así:

«Teruel 18 de Noviembre de 1846.

Sr. D. Miguel Cortés.

Muy Sr. mío y de mi mayor estimación: Recibí á su tiempo su apreciable de 2 del pasado, y no he podido contestar antes, como quisiera, por no tener tiempo para refrescar la memoria de los oscuros y dudosos puntos que V. menciona en su carta sobre la fundación de Teruel.

No he podido examinar por entero los muchos datos históricos que V. debe traer en su erudito Diccionario histórico-geográfico, pues no le tengo y lo he tenido que leer en lo que copia D. Isidoro Villarroja en su Poema de las Ruinas de Sagunto; pero he visto lo que dice el P. Antonio Hebrera y Esmir en su vida de los Mártires; Miñano en su Diccionario geográfico; Antillón en sus Cartas, que tampoco yo las tengo y las vi en la librería del Sr. Campillo; los Anales de Teruel; el juicio que dicho Villarroja ha formado, en la nota 51 de su citado Poema, sobre Turba y Teruel, y por último, un manuscrito de M.^a Manuel Salvador, su caro condiscípulo, y hablándole á V. en puridad, tengo para mí por cierto: Que Teruel existía antes del año 1171 en que se reconquistó de los moros; pues dicho M.^a Manuel cita que, según el P. Lamberto de Zaragoza, se conserva, en el Archivo de la Santa Iglesia de aquella ciudad, un pergamino en el que se dice: «que en la restauración de las Iglesias y Obispados de España, el Rey Wamba de comun acuerdo con los Padres del Concilio XI restituyó, año 675, los antiguos Obispados á las ciudades mismas en que se habían fundado en la primitiva Iglesia, renovando aquellos límites que por la primera división se

habían aplicado á cada uno; y hablando de los términos del Obispado de Zaragoza dice: *Cæsaraugustani sun (?) Episcopatus... ribus de Alhambra cum villis suis, ribus de Terol cum villis suis.* «Otro privilegio que despachó D. Alonso en Marzo de 1169, dice. *Dono... omnes illas Ecclesias de Terol.*» Luego ya existía Teruel antes de la conquista de los moros en 1171.

2 Pero la dificultad está, en si Teruel antiguo, ó el Turba, estaba ó no donde hoy existe. Miñano, en su Diccionario, dice: «En los contornos de Teruel ni en el sitio que la ciudad ocupa, no se sabe que jamás se hayan hallado memorias romanas, ni ruina de población de estos, sólo en la unión de Alfambra y Guadalaviar se señala, en mapas antiguos, una población con el nombre de Túrbula y conduce esto mucho para la opinión, de algunos autores, empeñados en que subsistia Teruel antes de los romanos, y que su nombre actual es corrompido del antiguo Túrbula. Puede ser así y no sería imposible que en tal caso fuese dicha población destruida con las guerras de Sagunto, hasta que el Rey D. Alonso II la *hizo renacer* donde hoy se halla, en cuya colina tendrian los moros grandes fortificaciones, para lo cual es muy apropiado, estando elevada por todas partes.» Miñano en su Diccionario geográfico, tomo 8, en la palabra Teruel —El nombre de la villa vieja que aun hoy se conserva, prueba que hubo una población con este nombre. Donde ha estado esta á punto fijo, se ignora, pero donde existe aun la iglesia de la Villavieja, viene perfectamente con el punto que designan á Teruel ó Túrbula los mapas antiguos, esto es en la afluencia de los dos ríos.

2 Usted dice, en su diccionario, que cuando los Escipiones arrojaron de toda la Citerior á los cartagineses por continuas victorias que llevaron hasta Jaen, etc., pasaron á cuchillo á la capital de los turbitanos, y la *arrasaron*. Dice V.: que después los turbitanos volvieron á repoblar la ciudad de Turba, y que Livio la menciona en la batalla que en sus llanos dió Minucio contra los celtiberos orientales; y que aun se conserva la tradición de haberse dado una gran batalla en los llanos de Teruel, donde hoy está Concud; pues los llanos de Concud vienen perfectamente á llamarse de Teruel, poniendo el Turba antiguo en la confluencia de los dos ríos, en que la traen los mapas antiguos, según Miñano.

Con respecto á las medallas, recuerdo que hablé largamente con el Sr. Campillo y me enseñó dos tomos de todas las medallas conocidas, y el toro arrodillado, no entendió dicho señor que tuviera la aplicación que V. le da para Teruel, en su Diccionario: de la misma opinión es M.^a Manuel, en su manuscrito.

Los anales de Teruel antiguos dicen: En el mes de noviembre

del año del nacimiento de Xpto. 1770, vino D Alonso, Rey de Aragón al lugar comunmente llamado Santa María de Villavieja, y refieren como eligieron para edificar en la colina ó muela donde hoy se halla la ciudad. Las armas de la ciudad convienen con lo que refieren los anales.

De todos modos el mérito de la conquista, la reconstrucción y población de Teruel desde 1171 hasta el 76 que costó de edificar, siempre dejan salvos los derechos del patronato y las glorias de Teruel. Y yo me persuado que poco ó nada se adelantará ya, en la averiguación del punto fijo del antiguo Túrbuta ó Turba.

Lo que me ha chocado mucho, porque es idea nueva para mí, es, que la ciudad de Teruel mora se entregó al Rey voluntariamente y sin asedio en el año 1170, y cita V. á Zurita; pues amigo mío, esto está en contradicción con todo lo que han creído siempre las mejores cabezas de Teruel y con lo que yo he visto hasta de aquí.

Me pregunta V. ¿que de dónde sacó Antillón que los Marcillas fueron de los primeros pobladores? No puedo decírselo á V., á punto fijo Sólo sé, que el Sr. Antillón compuso sus Cartas con trabajo y apuntes que le dió D. Salvador Campillo; y también puedo asegurar que M.^o Manuel Salvador, en su citado manuscrito, dice: que de los Gefes mas ilustres que se presentaron al Rey, á decirle estaban decididos á la empresa de conquistar á Teruel de los moros, aunque el monarca la tenía por imposible, lo fueron D. Sancho Sánchez-Muñoz, cabeza de la noble familia de la Baronía de Escriche y D. Blasco Garcés de Marcilla.

Con respecto á los moros cuando la conquista de Teruel, aunque los de Valencia estuvieran apurados entre sí, había bastantes por estas serranías de los que venian retirándose del Rey por las conquistas que iba haciendo desde Zaragoza. M.^o Manuel refiere los pueblos por donde se iban retirando con individualidad.

En resumen: los más inteligentes, con quienes he hablado de esta ciudad, todos convienen en que tiene V. muchísima razón de dar á Teruel mucha más antigüedad que la del siglo doce, que dudan sobre el verdadero punto del antiguo Turba ó Teruel, ello es cierto que arrasado por los Escipiones, recompuesto después y tomado á los moros, entonces fué cuando en esta colina se hicieron las murallas y se reconstruyó y aumentó la población, tomando tal extensión que con el tiempo ha llegado á ser ciudad y ahora Capital de provincia.

Es cuanto puedo decir á V., y conozco que es harto poco; pero aun este poco he tenido que hacerlo corriendo, pues ausente el Gefe político y abocado á las quintas, que principian mañana, calcule V. cómo estaré.

Sentí no haber visto á V. este verano cuando vino por Camarena. Yo estaba preso haciendo de Gefe, que en otro caso quizás nos hubiéramos visto.

Cuidese V. mucho y disponga siempre como guste de su afectísimo y buen amigo Q. B. S. M.

Esteban Gabarda é Igual.»

Acercas de lo que el Sr. Gabarda afirma de la fundación de Teruel, no podemos menos de estar conformes, pues es lo mismo que hemos demostrado en el primero de estos artículos, y lya citamos, como una de las pruebas, el privilegio que dió D. Alfonso II de Aragón, en Marzo de 1169. La división de los obispados españoles, atribuida al concilio XI de Toledo, es objeto de grandes controversias, y si hay autores que la dan por exacta, como el P. Mariana en su «Historia de España», en cambio Florez, en su «España sagrada», y otros autores de nota la niegan, fundándose en que nada consta en el acta de dicho concilio acerca de la referida división, cosa que nosotros hemos comprobado en varias colecciones de dichas actas que hemos podido consultar. Sin embargo, hay quien afirma que se hizo tal división, no en el concilio XI de Toledo, sino en otro posterior, cuyas actas se han perdido. La notoriedad del historiador Fr. Lamberto de Zaragoza, no nos permite dudar que exista el pergamino aludido, referente á la cuestión que solventamos, y de existir, es prueba patentísima de que Ternel ya estaba fundado en el siglo VII, y no solamente que estaba fundado, sino que era una población de relativa importancia entre las de sus alrededores, pues vienen á demostrarlo las palabras «Terol cum villis suis» y especialmente el posesivo *suis*.

La dificultad de si estaba ó no la población antigua en el mismo sitio que la moderna, la hemos resuelto, á nuestro modo, en el art. II, donde hemos mostrado los indicios que acusan que Teruel siempre ha estado edificada en el mismo sitio, y contra las palabras de Miñano: «en los contornos de Teruel, ni en el sitio que la ciudad ocupa no se sabe que se hayan hallado jamás memorias romanas», oponemos las de Cortés que dicen que en su tiempo se conservaban en dicha ciudad, muros y torres del tiempo de los romanos. Finalmente, que la iglesia de Villa-vieja sea el punto que corresponde á Túr-bula en los mapas antiguos, como el Sr. Gabarda opina, es cosa con la que no estamos tampoco conformes, como hemos demostrado en nuestro citado art. II.

Respecto á las monedas atribuidas á Teruel, hemos de decir: 1.º que la que D. Pedro Pruneda cita como turolense, es sin duda alguna de Peñíscola; 2.º que el toro y la estrella no sólo son

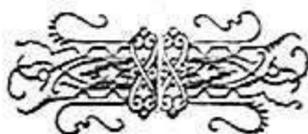
emblemas de Teruel, sino de otras muchas poblaciones españolas, en tiempo de los romanos, pues lo vemos en las monedas de Turiaso (Tarazona), Gadir (Cadiz), Asido (Medina Sidonia), Ituci (Tejada) y otras; 3.º que no consta en parte alguna que en Turba se acuñase moneda, pues la población no tenía importancia para tanto, y 4.º que no se encuentran en Teruel ni en sus alrededores, monedas que pudieran demostrar la falsedad de nuestros asertos, sino que las que se han encontrado, están perfectamente conocidas y clasificadas.

Que la reconstrucción de Teruel en 1171 costase cinco años, como Gabarda asegura, prueba que no fué fundación y que no se hizo mas que reconstruir lo que ya estaba fundado, pues como digimos al tratar de la bula del papa Alejandro III, dada en Enero de 1172, dicho papa se dirigia al capítulo de Teruel, á los pocos meses de la reconquista, tiempo que no fué suficiente para hacer iglesias bastantes para constituir capítulo, mientras que tiene perfecta explicación, si estas iglesias se instalaron provisionalmente en edificios ya construidos.

Lo que Cortés dice acerca de que la población mora de Teruel se entregó al rey sin lucha de ninguna clase, no es admisible y en contra de ello están: Mariana que dice textualmente que el Rey «se apoderó de esta plaza sin mucha pérdida», lo cual quiere decir que alguna tuvo y por lo tanto que hubo resistencia; Antillón en sus Cartas sobre la antigua legislación municipal de Teruel y Albarracín, que dice, que el Rey, creyendo imposible la empresa, no sólo la abandonó, sino que amenazó á sus caballeros con desnaturalizarlos si proseguían en su pensamiento temerario; prueba de que no se entregó al Rey voluntariamente, y á demás, por último, están en contra todos los que dicen que el Rey se fué á castigar á los moros rebeldes de las montañas de Prades, y que la toma de Teruel se debió al ejército que dejó en las llanuras de Cella, preparado para continuar las conquistas empezadas en 1168.

En resumen, la carta del Sr. Gabarda es un documento interesante y curioso, que prueba que ya se pensaba en Teruel por aquel tiempo, en conformidad con lo que nosotros sostenemos en estas disquisiciones, escritas, en contra de los muchos autores que aseguran que dicha ciudad fué fundada en el siglo XII, por Alfonso II de Aragón.

FEDERICO ANDRÉS.





ILMO. SR. DR. D. ANTONIO ESTALELLA Y SIVILLÁ.

Obispo de Teruel

y Administrador apostólico de Albarracín.

Nació en Villafranca del Panadés el día 11 de Septiembre de 1844.

Falleció el día 22 del actual.

R. I. P.

DÍAS DE LUTO

Lo son para las Diócesis de Teruel y Albarracín, para la provincia entera, y en gran parte para el Principado catalán, los transcurridos desde el día 22 del corriente, en que el toque de las primeras oraciones fué seguido en todas las Iglesias de esta Ca-

pital del melancólico y acompasado campaneó, con el que decían esas tristes voces del cielo que había subido á él, el padre de las Diócesis unidas. Desde aquél momento vistien de luto todos los habitantes de esta Ciudad, porque todos en general, y cada uno en particular, tienen no uno, sino muchos favores, beneficios y finas atenciones recibidos, y todos consideran que, con el fallecimiento de su Pastor, han perdido á uno de los seres más allegados y más queridos y como á padre lo lloran, á tal extremo, que en realidad no hay quien pueda dar el pésame, porque todos pueden recibirlo.

Bajo tan gran pesadumbre, la mente se niega á dar ideas, el corazón constreñido parece que salta, no pudiendo resistir la continúa tensión patética, y sólo funciona la memoria para avivar la negra tristura que se apodera de la imaginación.

Sólo, pues, recuerdos y lágrimas podremos depositar en su tumba, inmarcesibles los unos, tan amargas como cristianas las otras.

Todavía no hace dos años que Teruel sufría dura prueba: sin pastor que cuidase del rebaño; parecía á muchos que Dios, aplicando el más duro castigo que puede dar á un pueblo, retiraba su representante para alejarse Él después; el más pavoroso porvenir y la más difícil crisis cerraba el horizonte sensible y nadie osaba predecir. Pero seguramente quedaban más de los diez justos necesarios para salvar á un pueblo esencialmente cristiano y marcadamente piadoso, siquiera pecador, y Dios dirigió por mejor camino los pasos de los hombres.

Para ello hacía falta un hombre llamado especialmente por Él, no por combinaciones de los hombres, dotado de cualidades especiales y en condiciones de recibir extraordinarias gracias, y este fué el hijo modesto del trabajador. De fé y constancia incommovible y de actividad incesante como el que más del pueblo, firme, constante y religioso como pocos, y sobre todo, un verdadero apóstol de las gentes, que conocía la sociedad en que vivía como ninguno, acuchillado en sus luchas, concededor de las necesidades de los tiempos y de los medios de remediar los actuales males, hombre de ciencia, pero no expeculativa, sino de la ciencia práctica, de la ciencia del bien vivir, de la Ética en sus dos manifestaciones divina y humana, eterna y temporal, la Moral y el Derecho; hombre, en fin, de corazón y de vida activa, pero avalorado cuanto es posible por el método y el orden, y revestido de una dulzura y afectuosidad por todo extremo agradables, dotes, en fin, inusitados de gobierno, de diplomacia, y santo dón de gentes. Tal era, en Septiembre de 1894, el ilustre canónigo barcelonés, tal erra para el mundo; pero ¡ah! ante los ojos de Dios

debió tener otras cualidades de más valor para la alta misión a que lo destinaba, y así era en verdad, su corazón sencillo como el de un niño, ardía en la más ferviente caridad de la que era pequeña muestra los constantes servicios que prestaba á las públicas instituciones de beneficencia, porque las continuas obras de misericordia que practicaba en la cátedra, en la prensa, en el bufete, en el confesonario y en cuantas manifestaciones de actividad existen, sólo pueden anotarse en el divino libro de la vida, y su religiosidad y devoción por el Corazón divino y el rosario á su Santa Madre, remedios providenciales que dá la Iglesia para los males del siglo, eran para él el objeto de su predilección.

Inspiración divina hizo que la Iglesia española lo eligiese, pero sólo después de austeros ejercicios y por mandato del Pontífice aceptó la mitra de Teruel como último sacrificio, pues tal era para él, y la Iglesia que había de ser su esposa parece también que, como por inspiración divina, recibió el nombramiento con un gozo que ni siquiera se podía soñar, rejuveneciéndose como por ensalmo, al sólo anuncio de sus desposorios. La caridad lo hizo todo; nada venía ni iba á Barcelona que no fuera tierna expresión de cariño, demostrándose una vez más, que sólo el amor de Dios puede hacer amables y amantes á los hombres. Imposible relatar todas las muestras de cariño que dió á cuantos de Teruel le visitaron en Barcelona, el interés y aprecio que de todo lo de Teruel hacía, á tal punto que al venir á su Diócesis conocía cosas y personas como si en ella hubiera nacido; basta recordar el que en cuanto supo las desgracias que nos afligian por una extraordinaria inundación, remitió al Gobierno civil un valioso socorro, aparte de las limosnas con que quiso solemnizar su preconización y consagración. Todo verdaderos augurios de lo mucho que había de hacer.

Llegó el feliz día de su venida, y apenas entró en la Diócesis ya empezó á dar pruebas de su humilde caridad, viviendo con suma modestia y socorriendo con pensiones á la orfandad, con alimento á los pobres y con hermosas enseñanzas á los fieles. No olvidarán nunca los obreros de Teruel la frase sublime que la víspera de su entrada les digera en la Casa de Beneficencia. *Yo soy Obispo de los obreros* ¡Y qué bien lo ha cumplido hasta su muerte; y qué bien traducía con ello las divinas verdades de Cristo y de la Iglesia!

Tampoco olvidará jamás Teruel las modestas, humildes, pero sinceras y caritativas frases con que desde el púlpito de la Catedral saludó á sus hijos contestando por extraordinario modo, al también extraordinario recibimiento que se le dispensó. «He venido, decía, de un pueblo hermano al vuestro, por la histo-

»ria, por las costumbres y por la fé; paréceme que he venido »de mi casa de Cataluña á mi casa de Aragón, y deseo ser un »ciudadano que os auxilie en todas vuestras necesidades, y un »padre dispuesto á morir por vosotros.» ;Y qué bien lo cumplió hasta el último momento, y qué de corazón lo decía! Por eso repetía á los pocos días visitando la capilla de Desamparados en la Catedral: «*aquí me enterrarán á mí...*»; por eso murió rogando por sus feligreses, y ofreciendo que lo hará también en la gloria... y por eso Dios, que lee en los corazones, aceptó el holocausto, y murió para nuestra salud.

Cuando se recuerda que apesar del rango episcopal y de que en las grandes solemnidades hacía uso para glorificar á Dios y honrar la sublime investidura que con el Santo Crisma recibiera, de joyas de arte y de valor extraordinario que como pequeña muestra de gratitud había recibido, y despues se le veía modesto en su trato, afectuosísimo, sin rebajamiento, visitando profusamente y sin dejar á ningún enfermo grave, prodigando limosnas materiales y aún más las morales, trabajando sin descanso y viviendo, en fin, con toda la humildad posible, se recordaba sin querer al Cardenal Cisneros, cuando á un palaciego que le hablaba, en son de censura, del boato que como Cardenal y ministro universal tenía, le enseñaba el cilicio y la cama de tablas que como monje usaba.

Llevado de las condiciones antedichas, fijó su vista, apenas posesionado de su alto cargo, en dos instituciones de las que es patrono nato, á saber: el hospital de la Asunción, y la Enseñanza gratuita de niñas, ambas debidas á su predecesor de grata memoria, al Sr. Rico. y en el momento, mandó decorar de su cuenta la Iglesia de aquel, asignándole al poco tiempo 32.000 pesetas, y seguramente hubiese asignado todo lo necesario si no tuviera en cuenta el providencial pensamiento de dejar un motivo para excitar la práctica de la sublime virtud de la caridad que él tanto amaba; y en cuanto á la Enseñanza, reconstituyó su Junta, hizo declarar y valer los derechos de la fundación, y atendió á que en forma se reparara el local y se diera la enseñanza.

No menos debe la Cocina económica á nuestro llorado Obispo, pues enterado de que sólo existía en proyecto, dijo inmediatamente: «si no se funda, la fundo yo,» y con su aliento y ejemplo, todos cooperaron á tan benéfica obra, y despues, nadie como él contribuyó á su sostenimiento, pues la mayor parte de las limosnas acostumbradas dar á los mendicantes, las hacía en bonos, aparte de otras muchas á enfermos y vergonzantes, y las que por medio de desempeños del Monte de piedad repartía constantemente.

Tan sublime tarea, no fué suspendida ni un momento dentro y fuera de la Capital, agotando en breve tiempo todos sus recursos y los que le facilitaban personas caritativas que fiaban seguramente en su probada prudencia. Daba cuanto podía con discreción, pero valía mucho más que todo esto, las demás obras de misericordia que con una humildad y sencillez evangélicas practicaba. Y tanta fé tenía en la virtud de la caridad, que hablando confidencialmente en cierta ocasión, decía: «tengo la esperanza de que nuestra querida España ha de conocer tiempos mejores, porque conozco bastantes personas de posición que dedican todas sus rentas, ó una buena parte de ellas, á limosnas, y otras que se dedican personalmente á obras de misericordia, y esto no puede menos que mover la clemencia divina.»

No llevaba nueve meses en la Diócesis, que fueron de asombro y admiración continua para esta capital, cuando ya tenía hecha una preparación nunca vista para una visita pastoral á las dos Diócesis empezando por la Catedral, á quien regaló un rico Copón, siendo dignas de estudio la pastoral en que la anunció, las prevenciones á los Párrocos, prohibiendo todo gasto para su persona y Secretario, pues no llevaba otra comitiva, y sobre todo, los datos que mandó preparar para poder él formar juicio de todo. Para poder él formar juicio de todo, porque este es el rasgo más radiante de su actividad, el de hacerlo ó verlo todo personalmente; y era cosa asombrosa verle con qué placer viajaba á caballo, y á veces á pié por malos caminos y por la variedad de climas de esta provincia, ¡él acostumbrado á los adelantos de la rica Barcelona! ser recibido á veces en pueblos tan misérrimos que ni aun lecho comfortable tuvo para sus fatigas, y viéndolo todo, llegando hasta el último iglesario, asistiendo á todo, remediándolo todo, rechazando cuantos extraordinarios en otros puntos le proporcionaban los párrocos, y dando á estos la celebración de que podía disponer.

Imposible recordar ni expresar todo lo que hizo, en tan gigantesco esfuerzo, ni los labios ni la pluma pueden decirlo, únicamente los ojos, con lágrimas de aflicción, lo pregonan elocuentemente. Baste decir, que él lo hacía todo y nada quedó sin su correspondiente remedio, porque tal era su caridad y el orden que á todo imprimía, que se multiplicaba prodigiosamente, y con la visita, alternaba el gobierno de las Diócesis, y la predicación de la cuaresma en la Catedral.

Terminada tan pesada como meritoria labor, decía su ardiente corazón: «me conmueve la pobreza de muchos pueblos de mis Diócesis, y tengo que ir irremisiblemente á Barcelona á recabar limosnas.» Tal era el lenguaje de su humilde caridad, atribu-

yendo á otros hasta lo que en buena parte era efecto de su modesto vivir. Y efectivamente, marchó al Principado á despachar asuntos, de los que por sus paisanos aún en esta le reclamaban atención; pero no por eso dejó un minuto de trabajar por la Diócesis, pues además de lo dicho, desde allí concedió un premio para el certamen del Ateneo, preparó con la Nunciatura, pasando á Madrid la reorganización del Capítulo de racioneros, y últimó lo necesario para á su regreso proveer de casa al Círculo de Obreros católicos.

¡Y qué de delicados trabajos no hizo para estas dos instituciones, y con qué modestia los explicaba, no dejando nunca de consignar la ayuda que se le había prestado! La difícil y complicada restauración que, tanto como la que más, exigía un tacto y talento extraordinarios, fué realizada en breve tiempo, no obstante la necesaria y larga tramitación de la Curia Romana, teniendo la satisfacción de inaugurarla con gran pompa, y predicando tres días seguidos, inolvidables para Teruel, á cuyo Capítulo ha estado edificando con su piedad y asistencia hasta su muerte.

¡Pobres obreros! ¿Y por vosotros ¿qué hizo vuestro padre, aquel que tanto valía y que era todo vuestro? ¿No recordais el cuidado que ponía por la menor de las cosas que atañen al Círculo de Obreros? Las visitas, las conferencias, el placer que tenía hablando y tratando con los obreros, y sobre los obreros, el cuidado en proveer á la enseñanza, al bien espiritual, y sobre todo, el destinar tres edificios que componen un hermoso local, y que él creía que era el primer paso para poder desarrollar sus planes, en bien de la sociedad, ¿qué eran para lo que su talento había concebido, su actividad emprendido, y su corazón ansiaba? Todo ello aumenta nuestra pérdida, y el duelo de todos. Y de la última cuaresma que se constituyó en vuestro párroco, predicando toda ella en el Arrabal, y administrando directamente los sacramentos y limosnas que recordais, ¿cómo podeis acordaros sin que la pena y la gratitud conmuevan el corazón?

Parece mentira, al que no lo haya visto, que quepa tanto en el estrecho marco de año y medio, y realizado todo personalmente por un sólo hombre, porque en el Tribunal, en la Curia, en el Seminario, en las asociaciones religiosas, en las parroquias, en todas las partes lo veía él todo, y las más de las cosas, él las hacía. Y sin embargo, aun tenemos muchas más que agradecerle, pues es más flaca nuestra memoria que él activo y bueno. Pero no es posible olvidar el que, cuando el país se movía para obtener la concesión del ferrocarril, que es su ideal en la segunda mitad del siglo, también él se suscribió como el que más de esta

Capital, ni que estando ya enfermo intervino eficazmente en la cosa pública, para que no se alterase la paz entre sus queridos hijos á quienes tanto amaba.

¡Y qué inescrutables son los decretos de Dios! Cuando tanto bien estaba haciendo, cuando al fuego santo de su caridad estaba fraguando proyectos como el de establecer graneros de socorro para los pobres, y se leía en las parroquias el anuncio de una misión notable y extraordinaria, y tan general como no se ha conocido, para el próximo Mayo, cuando daba la comunión en la Casa de Beneficencia, una, para él, ligera indisposición, había de arrebatarse de entre los vivos.

Como espantoso trueno que aterroriza de improviso una comarca entera, en bochornosa tarde del estío, así el día 21 cundió por todas partes, la noticia de que aquel hombre de acero que jamás había estado parado ni enfermo, yacía en el lecho del dolor, víctima de aleve enfermedad, y en estado grave. Asustados, temerosos y compunjidos asistieron al viático cuantos pudieron hacerlo que fueron muchísimos, apesar de la hora. Cuantas oraciones subían al cielo, eran pidiendo salud para el buen pastor, sólo una pedía la gloria para todos, y ofrecía pedir desde ella por las necesidades de todos á quienes en su profunda humildad pedía perdón por lo que hubiere podido ofender; y esta era la del justo enfermo, que, cual vela ante el altar, se consumía en amor y cual víctima propiciatoria, daba el último aliento de su vida por la salud de sus hijos.

Muchas lágrimas se derramaron aquella noche, hasta por corazones berroqueños que se abrieron como espiga seca por el sol de la caridad, pero al menos..... había esperanza y cual crepúsculo de verano subían sobre el horizonte las estrellas de la oración y se extinguían en mil sublimes cambiantes los dorados rayos del sol poniente, en el plateado reverbero de los demás astros, y que esperaba en el alegre amanecer de nuevo y más ardiente día.

Pero aquella noche no tuvo amanecer, pues el lúgubre son de los toques tardos y acompasados de todas las torres, en el día 22, repercutieron en todos los corazones, como ecos tristes de la noche, esparciendo la ceniza del luto y de la muerte, sobre todas las almas, en vez del rocío de la mañana.

Nos hemos quedado sin Obispo, nos hemos quedado sin protector, sin padre, desamparados; ¡si no podía durar entre nosotros una cosa tan buena! Adios nuestra buena suerte; la estrella de Teruel, se ha eclipsado otra vez. No otra cosa se oía por todas partes, desesperanzadas lamentaciones, lágrimas amargas de desconsuelo, luto en todos los corazones.

Los tres días de capilla ardiente, fueron de continuo padecer, una abundante lluvia de lágrimas sobre el cadáver del inolvidable Obispo, y el día del funeral, se desbordó por toda la Ciudad el luto y el duelo mal contenido en los pechos, en las casas y en la Iglesia, y fué un día de tristeza tal, que suspendida la ordinaria vida, parecía ser verdad, que el oceano del sentimiento, sea un mar sin orilla á quien nadie osó poner vallas.

Pero no es así, el difunto era nuestro buen padre y nuestro maestro en la caridad, y nosotros somos cristianos, y si él por la fé sabemos que está en la gloria, el mar de nuestra aflicción tiene por orillas la suave playa de la religión que nunca se muestra tan grande como cuando contiene las poderosas olas de las pasiones dentro del natural límite, y une con sublime armonía los dos mundos.

La muerte del justo justifica, y la del Santo santifica; truéquese, pues, nuestro pesar y aflicción en la virtud de la resignación, é imitemos las demás virtudes de nuestro buen pastor, y especialmente la de la caridad que une á todos sin forzar á nadie, é imitemos también á las personas piadosas que en casa y en la Iglesia le dedican la oración que le fué más predilecta, el rosario ó sufragios, como tienen en preparación sus hijos predilectos los obreros, seguros de que serán ruegos que él elevará á Dios, para que recaiga en nuestro provecho.

P. S. y A.



Acuerdo. La Junta directiva del Ateneo, en sesión del día 13 del actual, acordó prorrogar el plazo de admisión de trabajos con destino á los Juegos florales y certamen científico, artístico y literario, hasta las doce de la mañana del día 31 del mes de Mayo próximo. Con tal motivo, el nombramiento de Jurado tendrá lugar el 1.º de Junio, la constitución el día 3, y la repartición de premios el 29.

Quedan vigentes las demás bases del programa.





ILUSTRADAS



14 de Marzo.—1874.—Mueren heroicamente en la batalla de Castelfullit, los turolenses D. Eduardo Temprado y D. Blas Gómez.

«¡NI ME RINDO NI ABANDONO MI PUESTO!»

Hé aquí las últimas palabras pronunciadas por un héroe, el 14 de Marzo de 1874, contestando á los enemigos victoriosos que le dijeron varias veces:—«Eres un valiente, no claves las piezas, no nos obligues á matarte.» Si el general Cambronne en Waterloo, contestó con el desprecio á las invitaciones del enemigo á rendirse, fué porque tenía tras sí un ejercito numeroso, bien disci-

plinado y acostumbrado á vencer. El acto de nuestro paisano, del hijo de Teruel, D. Eduardo Temprado, fué más sublime, más grande, por lo mismo que lo ejecutó con el ánimo perfectamente sereno y teniendo la seguridad de morir, según se ha probado por los testigos presenciales del suceso.

Como Capitán de Artillería, iba al frente de cuatro piezas en la columna mandada por el general Nouvilas, en los campos de Castelfullit. Rodeado de enemigos, en terreno inaccesible para el combate y en desbandada todas las fuerzas, Temprado permanece sereno, dispuesto á morir antes que entregar sus armas al enemigo. En el fragor de la pelea, sólo él y sus subordinados se defienden contra los vencedores, y al contestarles, cuando le invitan á rendirse, lo único que les pide es que no fusilen á sus artilleros, «á mí sólo, que soy quien los manda.» ¡Generoso corazón! Herido dos veces sigue luchando, si no con la esperanza de vencer, con la esperanza de morir gloriosamente. Tal vez su sangre borró torpezas que no es del caso juzgar, pues que de ello ha de ocuparse la historia.

Un juicio contradictorio, cuya tramitación duró tres años, para la concesión de la cruz de San Fernando, comprueba los hechos de una manera indubitable. El sargento de la compañía, hijo también de nuestra provincia, natural de Híjar, quiere ser fiel á su capitán y permanece á su lado. Herido nuevamente Temprado, quema el último cartucho, y en las ansias de la muerte clava las piezas. Hechos como este levantan la moral de los ejércitos, y en aquella época, el que bosquejamos contribuyó no poco á robustecer la disciplina hondamente quebrantada. No debe borrarse de la memoria de los teruelanos el nombre de Temprado, ni el del leal sargento Gómez. El Gobierno ha querido perpetuarlo colocando su retrato en el Museo de Artillería, juntamente con su espada, entre los de Daoiz y Velarde, y un cuadro de honor con la orden general del cuerpo á que pertenecía. La Academia de Segovia guarda en su sala de armas otro retrato de nuestro ilustre paisano, otro conserva el cuartel del primer Regimiento de montaña en Barcelona y en casi todos los cuartos de banderas de dicha arma está en lugar preferente, como joya inestimable del cuerpo á que honró y como ejemplo de heroísmo y abnegación.

UN TERUELANO.

De la «Revista del Turia.» Año III, núm. 49.



14 de Abril.—1363.—Pedro I de Castilla se apodera del castillo de Bágüena.

MIGUEL DE BERNABÉ

I

Corría el año 1363, de triste memoria para la monarquía aragonesa: dos reyes, D. Pedro el *cruel* de Castilla y D. Pedro IV de Aragón, habían suscitado una guerra sobre cosas que carecían de interés general para sus pueblos, y habían echado á estos uno sobre el otro como instrumentos de sus torpes ambiciones y quimeras para que se despedazasen y aniquilasen en cruda guerra.

No había querido la fortuna mostrarse propicia hasta entonces á las armas aragonesas que llevaban la peor parte en la contienda y eran arrolladas y batidas en casi todos los encuentros; impotentes para estorbar el paso á los castellanos, invadieron estos su territorio, tomando sus poblaciones y fortalezas y destruyendo y saqueando sus lugares; nada se oponía á su marcha triunfadora; aquellas huestes, cual avalancha que lo arrasa y destruye todo por donde pasa, dejaban una huella de luto y desolación por donde quiera que cruzaban; era aquella una guerra de sangre y esterminio; los habitantes de los pueblos, al acercarse el enemigo, abandonaban sus casas y moradas y se refugiaban al abrigo de las fortalezas que aun se juzgaban seguras, según estaba mandado, ó se internaban en los montes con lo que podían recoger de sus haciendas para librarse y librarlas así de las rapiñas del ejército castellano.

Muchos pueblos de Aragón deben su decadencia á aquella guerra, y otros muchos fueron destruidos en ella, en especial en nuestra provincia, donde mayor fué el empuje y su teatro principal. La historia está llena de hechos llevados á cabo por aquellas tropas que más que huestes civilizadas parecían hordas de feroces salvajes.

Ya habían caído en su poder Calatayud, Maluenda, Cervera, Alhama y Fuentes, y remontándose por las fértiles riberas del Jiloca invadieron los demás pueblos á su paso, presentándose por fin frente á los muros de la ciudad de Daroca. Era esta una plaza fuerte, importante entonces, ya por sus medios de defensa que tenía en sus fuertes murallas, ya por la gran guarnición que tenía dentro, que junto con los habitantes de los pueblos inmediatos que se habían refugiado en ella, hacían una fuerza respetable; algo debía parecerles á los castellanos que no juzgando ni fácil ni prudente su conquista, pasaron de largo por delante de sus muros y defensores que les retaban desde ellos al combate, y siguiendo el curso del río arriba se presentaron en el pueblo de Báguena. Era este pueblo entonces una pequeña aldea de la Comunidad de Daroca, donde existía un castillo que perteneció á los caballeros del Temple y que entonces era de la corona Real y había sido abandonado por las tropas de Aragón como de difícil defensa y poca seguridad en él; á nadie encontraron en el pueblo al penetrar, pues la mayor parte estaba dentro de los muros de Daroca y otros en los montes que rodeaban entonces al pueblo, ocultos en sus cuevas y malezas.

Desparramáronse por el pueblo robando y saqueando lo poco que había en él y cuando quisieron tomar posesión de su viejo castillo vieron, no sin asombro, que este estaba cerrado y sobre sus muros algunos rústicos defensores.

Eran estos unos pocos hombres, vecinos del mismo pueblo, que no queriendo obedecer las órdenes superiores para que lo abandonasen, se habían refugiado en el castillo y armados unos de hoces y palos, y otros con alguna de las armas que habían conseguido, después de poner á salvo sus mujeres é hijos, habían determinado resistir al enemigo de su patria y sacrificar su vida por ella y en defensa de sus queridos hogares.

Aun existen los restos de aquella fortaleza, donde aquellos valientes llevaron á cabo su determinación con el valor propio de los grandes héroes; aquellos viejos paredones que se descubren por encima del pueblo desde la carretera que de Zaragoza conduce á esta nuestra capital, fueron los testigos y partícipes también de su hazaña, y de ellos salió sirviéndole de cuna la nobleza de una familia que cual un debil arroyo que tiene una gran

avenida lo llena é inunda todo, pero que débiles sus aguas para destruir, fertilizan los campos por donde pasan; así fué ella, pobre en su principio llenó con sus hijos, su honor y virtudes cívicas, todo el reino de Aragón y fuera de él, inoculándose, puede decirse, sus descendientes y su sangre en la mayor parte de las familias nobles y aristocráticas que no se han desdeñado de descender del que si bien pobre y plebeyo en un principio, supo con su heroica hazaña hacerse digno y aun superior en nobleza á otros hombres que contaban innumerables ascendientes, llenos de títulos y blasones hacia muchos siglos.

Si mirais muchos escudos de armas que ornan multitud de puertas en Aragón y fuera de él, observareis entre los variados y multiplicados signos heráldicos que los llenan, uno que es un castillo rodeado todo de llamas que parece que vá luego á convertirse en cenizas; de su cúspide ó ventana sale un brazo que con febril y nerviosa mano empuña unas llaves que muestra á todos; este signo que dicen algunos viene de una hazaña llevada á cabo por una mujer á quien llaman la *viuda negra*, tuvo su origen verdadero en el castillo y pueblo de Báguena, lugar de la provincia de Teruel y por sus habitantes y en especial por Miguel de Bernabé, natural de él y uno de los héroes é hijos notables de la provincia.

II

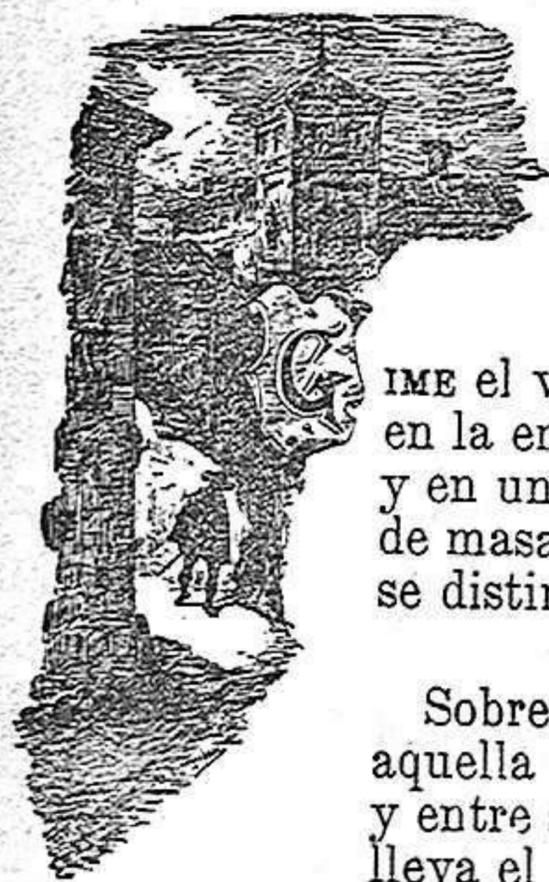
Grande era la confianza y petulancia que animaba al ejército castellano; hasta entonces nada se había resistido á su empuje y valor por aquella parte; animados por esta presunción, en un principio miraron con desprecio á los defensores del castillo y como un pequeño estorbo que se oponía á su paso no hicieron caso de la provocación de aquellos valientes campesinos; después de saquear las casas del pueblo é incendiar algunas se disponían á pasar el día tranquilamente esperando la orden de apoderarse de aquella vieja fortaleza que ellos creían de facil posesión, cuando algunos certeros tiros de ballesta y piedras que les hicieron los del castillo, causándoles algunas bajas, les hizo conocer que tenían frente á sí enemigos dispuestos y valientes y que pretendían quitarles algunas hojas del laurel de la victoria que se habían ceñido en los anteriores encuentros.

(Se continuará).

SALVADOR GISBERT.



UN DRAMA EN LA SOMBRA



I

¡OYE el viento en noche umbrosa
en la empinada veleta,
y en una calle tortuosa,
de masa informe y dudosa
se distingue la silueta.

Sobre el duro pavimento
aquella forma se agita,
y entre sus olas el viento
lleva el lastimero acento
de un ser que ¡socorro! grita.

En su tabardo escondido,
gallardo, apuesto doncel,
al pasar, oye el gemido,
vé la sombra; es un herido
por mano aleve y cruel.

Densa niebla cubre el cielo
y ambiente helado se aspira,
la nieve, cual blanco velo,
cubre el cenagoso suelo
donde aquel herido espira.

El rondador preguntando:
¿quién fué vuestro matador?
y el herido, agonizando,
dijo, un quejido exhalando:
¡véngame tu, por favor!

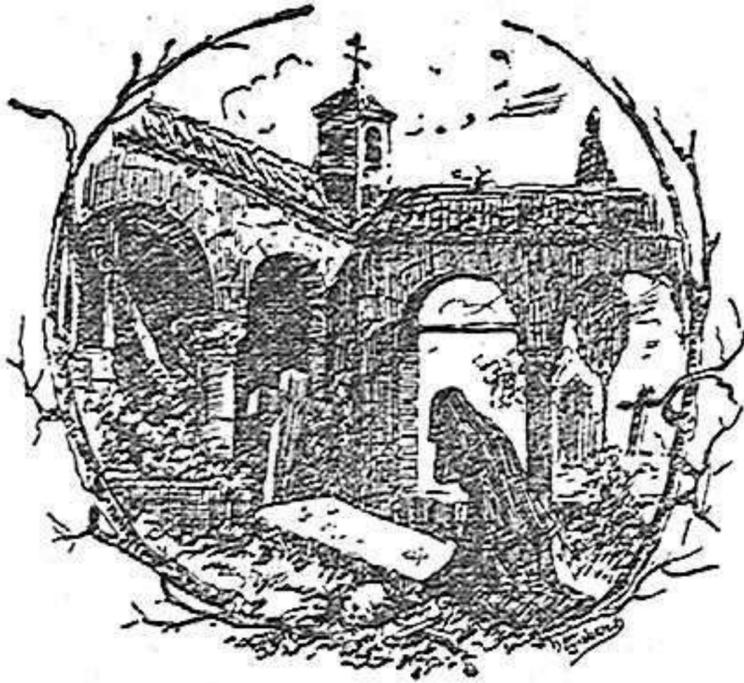
II

El sol las sombras aleja,
corre la gente en tropel,
y allá en la angosta calleja

forman fúnebre pareja
un anciano y un doncel.

Por la gente es comentado
el hecho, sin nadie verlo,
el padre fué asesinado
y el hijo murió á su lado
de dolor al conocerlo.

III



Ante la cruz de una fosa
se vé una dama enlutada,
débil, pálida, ojerosa,
¡es la madre, y es la esposa
por el dolor agoviada!

IV

El móvil del drama aquél
se halla envuelto en el misterio.
Pasó el invierno, y tras él,
la primavera en vergel
transformó aquel cementerio.



FRUTOS MORENO.